

El ejército romano tenía una organización de guerra. La obligación del servicio militar comenzaba a los 17 años y duraba hasta que se cumplían los 46 años de edad. Cada ciudadano era un soldado. Todos podían ser llamados para 20 campañas a lo más en la infantería, y para diez en la caballería. Con el tiempo se introducirá

mano. Los generales, por su parte, buscarán más y más aventuras guerreras, explotarán a los vencidos, capturarán prisioneros los más posibles (que por ese hecho se han de convertir en esclavos, cuya venta les traerá entradas monetarias muy altas), todo con perjuicio de quienes se han atrevido a resistir a Roma....



## EL EJERCITO QUE CONQUISTO EL MUNDO

Su historia, su táctica, su preparación militar

MANUEL BRICEÑO JAUREGUI S. J.

el enrolamiento voluntario y, poco a poco, el **pueblo armado** será sustituido por un **ejército de mercenarios**.

Pero tal ejército no tardará en convertirse para Roma en fuente de turbulencias políticas, de guerra civil, de instrumento dócil en manos de soldados ambiciosos, y será el que deponga y entronice a los emperadores. Porque los soldados estarán a disposición del general de quien dependan en cuanto a la paga, a las recompensas y a quien prestan el juramento —no a la Patria—. Pero a su vez el servicio voluntario aumentará notablemente la preparación técnica y la eficacia del ejército ro-

Mas para comprender esos tiempos ya pasados, tenemos que remontarnos siquiera veintiocho siglos atrás para conocer desde sus orígenes la evolución del **ejército que conquistó el mundo**. El tema es muy extenso pero de interés maravilloso para quienes hoy día siguen la carrera de las armas: conocer la tremenda lucha inteligente de un pueblo que comenzó a orillas de un río, pueblo de campesinos, pastores y labriegos, pueblo de mucho sentido práctico, pueblo de gran visión política, pueblo de soldados.

Estudiaremos, pues, la formación del ejército: (I) en tiempo de los reyes, es decir, de los siglos VIII al VI antes

de Cristo; (II) durante la república, o sea, de los años 509 al siglo I antes de nuestra era, analizando primero las reformas de Camilo, y luego las de Mario; y (III) por último las de Julio César, el capitán más grande de la antigüedad.

(I) **El ejército en tiempo de los reyes**  
Siglos VIII - VI antes de Cristo).

En esta remota época hallamos un ejército nacional de 3.300 hombres. De estos, 300 son jinetes reclutados a razón de 100 por tribu. Tulo Hostilio duplica este contingente. La unidad táctica es la **centuria**. La caballería es un cuerpo permanente al que sólo son admitidos los patricios más ricos. Pero en el combate los jinetes se desmontan y atacan a pie al enemigo. La infantería, reclutada sólo entre los **clientes**, comprende 1.000 hombres por tribu. Así se forma la **legión** a la cual se licencia después de cada campaña.

La infantería lucha en cuadro cerrado, al estilo de la falange griega. Como armas ofensivas llevan la jabalina pesada o lanza arrojadiza y la espada corta; para la defensa el yelmo, la coraza, las grebas o protectoras de las canillas, y el escudo redondo. Este armamento, sin embargo, no es absolutamente uniforme, puesto que todo depende de la capacidad monetaria de cada soldado. El entrenamiento, además, no es riguroso todavía.

En realidad la fuerza efectiva del ejército romano primitivo consiste en la caballería, reclutada —como diji-

mos— entre los patricios más jóvenes junto con su séquito personal.

Por su parte, el cargo de comandante en jefe corresponde al rey. La caballería es mandada por un oficial de cada tribu, llamado tribuno de esa arma, como los oficiales de infantería se denominan tribunos de los soldados.

Pero Roma reforma la constitución y con ella el ejército. Uno de los propósitos de Servio Tulio, sexto rey legendario allá por los años de 578 a 534 antes de Cristo, es el de dividir el pueblo, que consta de patricios y plebeyos, en cuatro tribus (tribu significa en su origen tres) que ahora ocupan un territorio determinado; y se hacen por tiempos las listas de la población de acuerdo con la propiedad de cada ciudadano, para saber cuánto posee. Es el primer censo. Censados son únicamente los terratenientes, si bien la riqueza principal son los rebaños, el ganado, los esclavos. La base de la nueva organización, es pues, la fortuna, y no el nacimiento libre como hasta ahora. Así se instituyen cinco clases: la más alta posee en total más de cien mil **asses** (unos mil ciento veinte dólares), y son los que sirven en la caballería; los demás prestan su servicio como infantes. Cada clase a su vez es dividida en centurias, que serán utilizadas para fines políticos. El pueblo así dividido se llama ejército urbano.

Pero además de esas cinco clases, se les agregan en las batallas los zapadores, mineros, ingenieros, voluntarios, músicos militares, trompeteros....

Aún quedan por mencionar los **proletarios**, que no forman parte del ejér-

cito, pues su capital no llega a los 375 **asses**, es decir, no alcanza a los cuatro dólares... y son así llamados porque su única contribución a la salvación de la Patria son los hijos, la **prole**. Estos hijos acompañan a los legionarios para suplir en caso de necesidad las bajas en el combate. Pero no se les cuenta como clase.

El ejército en servicio activo comprende a los más jóvenes, de los 17 a los 45 años de edad la reserva son los hombres de 46 a 60 años, cuyo oficio es la defensa de la ciudad. El servicio militar, finalmente, es obligatorio para todos, menos para los proletarios.

Un ejército así constituido es a propósito para las ocasionales guerrillas de límites, sin orden ni plan, de entonces, pero inepto para conquistas sistemáticas, como veremos en seguida. Por eso tendrá que evolucionar durante el período republicano de conquistas y de luchas civiles.

A lo largo de nuestro trabajo tendremos ocasión de saborear la descripción acerada y directa de un general que conoce de tácticas y sabe escribir como pocos. Por ahora nos contentaremos con conocer algunas batallas descritas por un historiador antiguo que conoce el arte de escribir pero que ignora quizás la estrategia de los militares. En todo caso, vamos a ver actuando ese ejército del tiempo de los reyes. Uno de estos, el tristemente famoso Tarquinio el Soberbio, llamado así por la violencia de su carácter, tirano que es destronado por las armas, es injusto en la paz —dice Tito Livio, historiador romano—; es injusto en la paz pero no

mal capitán en la guerra. Comienza contra los vecinos **volscos** una guerra que se va a prolongar doscientos años; toma por asalto varias ciudades; en Suesa Pomecia vende el botín y obtiene de la venta cuarenta talentos de oro (unos cincuenta mil dólares de hoy) y de plata, concibiendo entonces la idea de elevar a Júpiter un templo. El dinero recogido del enemigo se dedicó a este fin. En seguida emprende la guerra contra los **gabios**. Rechazado después de un asalto inútil, y obligado a renunciar a un asedio regular decide emplear la astucia y la perfidia, medios indignos de un capitán romano.

Sexto, el más joven de sus tres hijos, aparentando no preocuparse ya de la guerra sino de la construcción del templo, se refugia entre los gabios, de acuerdo con su padre. Allí se queja de la crueldad del tirano de Roma, y es tanto lo que les dice que les inspira confianza. Lo llaman a sus consejos en los cuales sigue la opinión de los gabios más viejos. En asuntos de guerra se conforman ellos a ciegas con el parecer del joven, puesto que conoce la táctica de los romanos, y tiene odio a su padre... De esta manera empieza a instigar a los gabios a la sublevación contra Tarquinio, mientras hace incursiones y saqueos en territorio romano, hasta que obtiene —siguiendo su plan de falsedad— el mando del ejército gabio. Y para evitar sospechas hace guerrillas en que resultan siempre campantes los gabios mandados por él. Y se porta espléndidamente con los soldados, para ganar su confianza: les regala íntegro el botín, comparte con

ellos las fatigas y los peligros. Es el ídolo del pueblo.

Preparado ya el terreno, manda a preguntar a su padre qué debe hacer. El mensajero no recibe respuesta. Tarquinio se pasea largo rato con él, preocupado, en el jardín del palacio, con una varita en la mano con que golpea las maticas más altas. Regresó el mensajero. Cuenta a Sexto lo sucedido, cómo el tirano nada respondió. El hijo comprende todo: y lo primero, hace perecer a los principales de la ciudad —las maticas más altas—. Esto provoca públicas protestas. También los que protestan son eliminados en público o en secreto, o pagan con el destierro... Y la ciudad es fácil presa del tirano...

Cuando este mismo Tarquinio es destituido, no cesa de intrigar por volver al trono. En una ocasión, exiliado y vengativo, anda buscando apoyo entre ciertos vecinos de Roma, **etruscos** y **veyos**. Y los convence. Ejércitos enviados por éstos siguen al tirano destronado. Valerio manda la infantería romana formada en cuadro, Bruto la caballería: el enemigo adopta la misma táctica. Detrás de todos va Tarquinio. El hijo del rey, que comanda la caballería etrusca, reconoce desde lejos al cónsul romano por las insignias. Encendido en cólera le desafía a singular combate por haberlos desterrado. Espolea el caballo y se precipita sobre el enemigo lanza en ristre. Bruto, a su vez, recordando ser honroso para los generales descargar el primer golpe sale al combate con ardoroso coraje. Ciegamente caen el uno sobre el otro, atentos sólo a herir al adversario. Se

clavan al mismo tiempo con golpe que atraviesa los escudos. El ímpetu feroz los tumba del caballo, pero permanecen unidos por las lanzas. La caballería se traba en lucha. La victoria es indecisa. Todos son valientes. Cede el ala izquierda mientras avanza la derecha. Los veyos son deshechos, y huyen a la desbandada; los etruscos resisten desesperadamente, con firmeza increíble, y rechazan a los romanos. Pero de pronto el miedo se apodera del enemigo, que abandona de noche el campo... Tarquinio se resigna por entonces a la derrota.

## (II) El ejército durante la república (509 - siglo I antes de Cristo).

### I — Las reformas de Camilo

El ejército romano es uno de los organismos que más ha variado. Como instrumento de conservación y de conquista ha debido adaptarse a las circunstancias del tiempo, a la experiencia de los pueblos y al genio de los generales. Las modificaciones más notables de los comienzos de la república empiezan con el semilegendario M. Furio Camilo (muerto en 365 antes de Cristo).

Lo primero que hallamos es como la nueva organización no se basa en la fortuna sino en la edad. Todavía, sin embargo, no se prescinde de las clases. La unidad esencial es la legión (una división de infantería), fraccionada en manípulos o unidades tácticas, que en el campo de batalla separan unos de otros a los soldados en intervalos de casi un metro, con el fin de facilitar las maniobras. Por su parte el manípulo

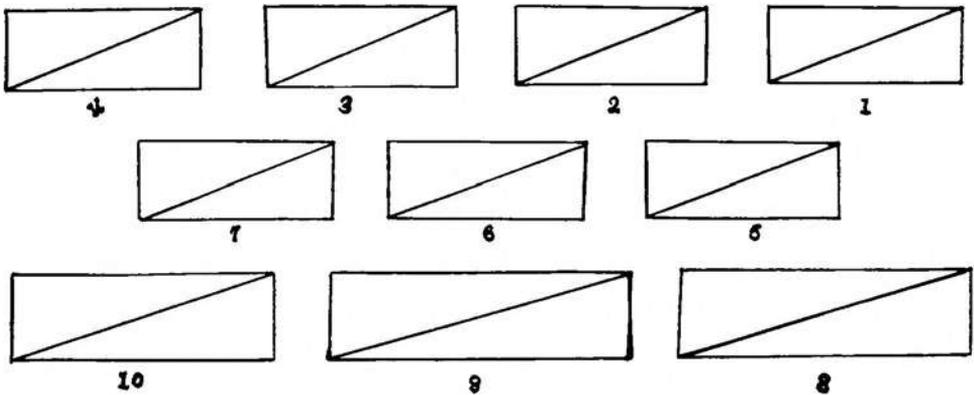
es dividido en centurias o secciones originariamente de cien hombres, en realidad de sesenta, cada una bajo la autoridad de un centurión. El de la derecha tiene el mando de todo el manipulo, y tiene bajo sus órdenes a otro en la izquierda.

Pues bien, según la edad, los soldados son clasificados en **astados** o sea, los más jóvenes, que llevan una lanza (asta) y forman la primera línea de ataque; los **principes** o de edad madura, que forman la segunda línea; y por último los **triarrios**, o veteranos de reserva. El total de hombres de una legión, en

esta época, son 4.200, fuera de la caballería de solo 700 jinetes, que protege las alas.

La táctica es la de la falange: cargan en masa, conservando intervalos iguales en el frente de batalla, de manera que cuando la primera línea cede o se cansa, se retira a través de los intervalos, mientras la segunda pasa a primer término, que a su vez es remplazada por la tercera que sigue sosteniendo el combate cuando la segunda se ha fatigado o está vencida.

He aquí un esquema de la disposición táctica de los manipulos:



El servicio militar ha sido considerado en Roma como un distintivo esencial del derecho de ciudadanía, pero como los pobres no pueden hacer los gastos de las armas y aprovisionamientos, en la práctica el servicio recae solamente sobre los ricos. Sin embargo, con la expansión de la república y sus largas campañas consiguientes, la obligación militar se va prolongando hasta los dieciséis años de servicio

en el ejército para compensar el costo del equipo se introduce la paga a los soldados el año 406 a. C. En esta forma, sin pretenderlo, se quita el obstáculo principal para el empleo de la clase pobre en el ejército.

Para la época de las guerras púnicas (siglo III a. C.) las tropas romanas se organizan al mando de cónsules y tribunos. Todavía, entonces, son las clases pudientes las que prestan

el servicio: aunque en algunas emergencias se ha echado mano hasta de los esclavos. Las levadas se hacen de acuerdo con las exigencias del momento, y no en períodos fijos.

Teóricamente, pues, el reclutamiento no tiene lugar sino en tiempo de guerra, pero en la práctica se hace cada primavera, por marzo, con el objeto de proveer a las campañas del año. Se reclutan cuatro legiones a la vez. Los cónsules, por medio de un edicto, señalan el día especial para el alistamiento. Durante treinta días flota en el capitolio una bandera roja.

En una fecha especial se reúnen en el Campo de Marte los llamados comicios tributos, al que todos los hombres acuden armados. Es en las afueras de la ciudad. Allí se eligen los tribunos de los soldados: son catorce entre los que tengan cinco campañas, y otros diez entre los que hayan servido diez años. Los cónsules los distribuyen para las cuatro legiones. En seguida, pero ya desarmado el pueblo, proceden los cónsules con la ayuda de los nuevos tribunos a la incorporación de los soldados. Todos los ciudadanos en edad militar, según los registros públicos, desfilan por tribus. Al ser llamados a lista deben contestar so pena de multas, prisión u otros castigos. Más como no se necesita tanta gente se procede a un sorteo. Luego se les cita para tal día. Quien falte es considerado desertor.

En tiempos de guerra se despachan reclutadores a diferentes lugares. Y se aceptan como suplemento a los voluntarios. Más aún, en caso de peligro

para la patria se recogen en masa a todos los ciudadanos aptos sin distinción, y a toda prisa.

Una vez enrolados, el soldado más viejo pronuncia el juramento (**sacramentum**) de obedecer, conforme a sus fuerzas las órdenes de los jefes. Los demás, uno por uno, repiten tan solo que harán lo que prometió el primero. En seguida se hace la presentación de las insignias o banderas, una revista militar, y se termina con una ceremonia religiosa celebrada por el propio general.

Pero también hay exenciones al servicio: los que ejercen ciertas magistraturas o el sacerdocio, los enfermos y los incapaces corporalmente.

Por último, como también existen colonias que no son de ciudadanos sino de aliados o, de pueblos vencidos, se les exige, mediante un tratado especial suministrar contingentes en número igual a los de Roma, al menos en teoría. Se les denomina alas o aleros, que poco a poco van sustituyendo a la caballería legionaria y a la infantería ligera, compuesta de honderos, arqueros y otros, y son comandados por ciertos **prefectos** de los cuales la mitad son oficiales, romanos, bajo el control supremo de los cónsules.

Para el siglo V a. C. las guerras de la república son frecuentes. Son casi todas de expansión, sea cualquiera el pretexto o la causa verdadera. La guerra, por ejemplo, contra el Lacio está latente desde hace varios años. Dos capitanes latinos se presentan de repente con numerosos peones y jinetes cerca del lago Regilo, en territorio

de Túsculo. Los romanos se dan cuenta de que el enemigo cuenta entre sus filas con los amigos de Tarquinio. La cólera es incontenible. El combate se traba en seguida, encarnizado más que nunca. Los generales mismos, no contentos con dirigir las operaciones, atacan ellos mismos y combaten cuerpo a cuerpo. Ningún jefe resulta ileso en uno y otro ejército. El romano Postumio, en primera línea ordena sus tropas y las arenga. Tarquinio el Soberbio lo observa, y olvidando su edad y flaqueza, arrebatado por el odio, lanza su caballo contra él. Herido en un costado el anciano tirano es rodeado al momento por los suyos. En el ala opuesta, el jefe de la caballería enemiga se precipita contra el romano Octavio Mamilio, y se traban en combate a caballo. Crúzanse las lanzas. El choque es tan violento que Elbucio queda con un brazo atravesado y Mamilio herido en el pecho. Los latinos llevan a su capitán a segunda línea, pero sin atender a la sangre y las heridas, sigue él reanimando la lucha de sus hombres que empiezan a retroceder. Ante la inminente derrota cobra ánimos y se restablece la pelea.

Y es Roma entonces la que comienza a ceder. El romano Valerio ve a Tarquinio el joven orgulloso a la cabeza de los trásfugas romanos. Clava el acicate a su caballo y cae sobre el hijo del tirano. Este esquiva la cólera del valiente, acudiendo a los suyos. Valerio, arrastrado por el furor sin diques, va a chocar con los trásfugas, recibiendo en el costado un golpe que lo atraviesa de parte a parte. El caballo

no se detiene, pero el jinete cae, expirando, y sus armas sobre él. El comandante romano, viendo fenecer a tan valeroso guerrero y que los suyos están temerosos y que muchos soldados se pasan a los enemigos, ordena a una cohorte escogida que maten a los desertores sin contemplaciones. Los romanos, ante el dilema, ya no piensan en la fuga, y se restablecen las filas. La cohorte participa entonces en la lucha, comenzando por eliminar a los romanos desertores rendidos de fatiga. Y se rehace el combate entre los jefes. El enemigo saca las reservas cuando ve aniquilado a los trásfugas. Los nuevos manípulos acuden a la primera línea. Mamilio ha vuelto al frente. Herminio ve restablecido el ánimo, más advirtiendo de nuevo en la batalla a Mamilio se abalanza contra él, le atraviesa íntegro y le derriba muerto. Pero él mismo, al desmontarse para despojar el cuerpo del enemigo, es herido por una flecha y expira. La caballería insta más entonces al ver fatigada la infantería: se desmontan y a pie reaniman la acción. En primera fila oponen al enemigo los escudos. Los demás soldados cobran coraje ante su ejemplo. El ejército latino comenzó entonces a ceder. Montan de nuevo los jinetes y se lanzan a perseguir a los vencidos que huyen. La infantería entra en el campamento del adversario y arrebató el botín....

Poco después los **sabinos** alarman a Roma. Llegan en efecto talando bosques, quemando alquerías, asolando. Postumio es enviado con la caballería romana, seguido del cónsul Servilio

con los legionarios. El enemigo envuelto vagando sin orden ni preocupación de una asechanza. De repente se ve rodeado de la caballería, y al poco tiempo de los legionarios. Cansados de la marcha y de las aventuras devastadoras de la noche anterior, diseminados todavía por las granjas, repletos de comida y bebida y botín y de robos, los sabinos apenas si tienen tiempo de pensar en la huida. Ese mismo día son exterminados a millares.

Las acciones de guerra, más o menos heroicas, se van multiplicando. Pero no es aun el ejército disciplinado y ordenado del futuro. Casi todo son incursiones, devastaciones, proezas de valentía personal, visión oportuna del momento, sin que haya una táctica definida ni de parte de Roma ni de parte de los adversarios. Pero hay momentos también de una ingenua preparación para la guerra. Una vez llega el enemigo de sorpresa devastando campos y sembrando el terror. El capitán romano, con pequeños destacamentos y en frecuentes correrías nocturnas toma venganza del invasor, acude al territorio de los atacantes para asolar esas tierras y campos y hacerlos retroceder. Más no todo general de entonces tiene suficiente energía de carácter, ni astucia, ni habilidad, ni talento militar: y son frecuentes los descalabros y —como dijéramos hoy, los embotellamientos— dentro de las empalizadas que construyen a campo raso para pasar la noche. Tal timidez aumenta la audacia enemiga, que a su vez da experiencia a Roma para los futuros campamentos de invierno, y las futu-

ras fortificaciones en tiempo de guerra. Lección que aprenden los romanos con sabiduría.

Quincio, por ejemplo, es nombrado dictador en una emergencia. Conociendo la inexperiencia táctica de sus hombres reúne al pueblo. Proclama la suspensión de los negocios, manda cerrar todas las tiendas, prohíbe la ocupación en negocios particulares, ordena a los hombres capaces de tomar las armas presentarse en la plaza armados, y con pan para cinco días y doce estacas de tres o cuatro varillas con el objeto de que al clavarlas unas junto a otras formen una empalizada. Los muchachos o los ancianos, los que por edad no pueden prestar el servicio militar, deben cocer el pan mientras los guerreros buscan las estacas apropiadas. Al atardecer todos han cumplido las órdenes. Allí son formados en orden adecuado para la marcha y para el combate. El dictador se pone al frente de ellos. Un jefe especial comanda la caballería. A medida que avanzan van dando las órdenes oportunas de cómo acelerar el paso, cómo atacar, cómo simular una retirada, cómo obedecer. Así llegan al campo enemigo.

Con la oscuridad el dictador da la vuelta al campamento enemigo, examina su extensión y forma. Ordena a los tribunos colocar los bagajes en el mismo punto, y que los soldados ocupen sus puestos en las filas con sus armas y estacas. Todo se obedece al punto. Con el mismo orden que en la marcha es desplegado el ejército alrededor del campamento enemigo. A una

señal todos deben lanzar un grito y abrir un hoyo delante de sí y clavar las estacas. El ruido de los gritos resuena por doquiera. Y el ataque ha comenzado. Los gritos indican al dictador las vicisitudes de la lucha. El combate dura toda la noche. Al amanecer el enemigo se siente encerrado por aquella línea de circunvalación...

Pero hay en la historia romana una anécdota que no podemos pasar por alto, y dice mucho de la disciplina militar. Sin la obediencia no existiría un ejército, y aun cuando sea dolorosa es vital para la esencia misma de una tropa. El caso es aleccionador, y se queda grabado en el alma de todos los soldados que conquistaron el mundo.

Ciertos enemigos de Roma, los **hérnicos**, han tenido que retroceder ante las empalizadas del ejército romano, al que han tratado de sorprender. Pero quieren volver al ataque. Las fuerzas se han aumentado de parte y parte. Entre los hérnicos se han formado ocho cohortes de cuatrocientos hombres cada una, resueltos a morir. A los más jóvenes les han prometido doble paga, se les ha eximido de cualquier trabajo que no sea la lucha contra los romanos. Una llanura de tres kilómetros separa los dos campamentos. Al principio la victoria es dudosa. Los jinetes romanos no han podido romper la línea enemiga. Consultado el general, se desmontan y atacan a pie. No resiste el enemigo, pero nuevas cohortes restablecen la lucha y la resistencia. El combate se traba en ese momento entre los más valientes de los dos pueblos. Las bajas son numerosas. Todo se concentra en la pelea

de los grandes. Los jinetes desmontados se sienten humillados de no haber podido triunfar. Acuden una vez más a la lucha desesperada. Y el enemigo vuelve las espaldas. La noche impide continuar la persecución de los vencidos. La mañana siguiente encuentra desolado el campamento de los hérnicos. Se ven solamente algunos heridos abandonados en el campo.

Meses después amenazan los galos el territorio de Roma. Se hace una leva precipitadamente. Se toma el juramento a los jóvenes reclutas. Las tropas de uno y otro pueblo se juntan a las orillas del Tíber. Escaramuzas continuas no logran apoderarse del puente. Ni se atreve nadie a cortarlo no sea que se eche a señal de miedo. Cada cual lo quiere para sí. Pero las fuerzas son iguales. Un galo entonces, de arrogante corpulencia desafía a singular combate al más valiente de los romanos. Un silencio profundo recorre los huesos de la juventud de Roma. Rechazar el combate, imposible. Pero ¿quién será el primero que se arriesgue con semejante jayán? Torcuato Manlio, da un paso al frente. "General", dice, "sin su permiso nunca pelearía fuera de las filas, aunque viese cierta la victoria. Pero si usted me lo permite, deseo mostrar a esa fiera arrogante que descendiendo de aquella familia que derribó de la roca Tarpeya a los galos triunfadores".

El general le agradece el ofrecimiento le anima y le permite el sacrificio por la patria. Con un escudo de infantería y una espada española, apta para combatir de cerca, se adelanta al galo de-

safiador y corpulento, que viene vestido de colores y armas pintadas. La cólera enrojece al joven romano, quien empieza por herir con el escudo la parte inferior del otro escudo, penetra bajo esta defensa que le preserva de las heridas, se desliza entre el cuerpo y el escudo del galo, le clava dos veces la espada en el vientre y en la ingle y le derriba al suelo... y le mata. Solo le quita el collar ensangrentado, y se lo ciñe al cuello con orgullo.

Pero la historia no acaba aquí. Las ovaciones lo enorgullecen. Poco después, siendo cónsul el padre de Torcuato Manlio, se declara una guerra de los marsos y pelignos contra los romanos, frente a Capua. Un sueño funesto, interpretado por los arúspices, da a entender que la victoria la obtendría el general que sacrifique las legiones enemigas y él mismo se sacrifique después. Para ello necesitan robustecer la disciplina militar, la severidad absoluta en el mando, el rigor más exigente que nunca. La razón es como entre el enemigo se cuentan los latinos, cuyo lenguaje, costumbres, armas, organización militar, son iguales a las de los romanos: la semejanza es perfecta entre soldados, centuriones, tribunos; son además compañeros, colegas que han servido en las mismas guarniciones, en los mismos manípulos. Es menester evitar equivocaciones. Así, pues, se prohíbe terminantemente que se ataque al enemigo fuera de las filas.

Y hace la casualidad que entre los **prefectos** de la caballería enviados a practicar reconocimientos, se encuentre precisamente Torcuato Manlio, el

hijo del cónsul, quien con su soldados rebasa el campamento de los enemigos y, sin darse cuenta, se halla "a menos de un tiro de flecha" de la primera guardia de la caballería de los adversarios. El comandante de ellos ve a los jinetes romanos, reconoce a Torcuato Manlio, lo desafía a singular batalla si no tiene miedo, si es hombre, si tiene suficiente atrevimiento de medirse con él. La cólera, la altivez del carácter, la vergüenza de aparecer cobarde, su propia valentía le hacen olvidar las órdenes de los superiores, y se precipita ciegamente en el combate al que con tal insolencia es desafiado. Los jinetes se alínean para ser testigos del espectáculo. Lánzase los dos campeones a la desesperada, lanza en mano. La de Manlio resbala sobre el casco del adversario, la de Mecio, roza el cuello del caballo del romano. Media vuelta a los caballos, y Manlio se alza para descargar un segundo golpe logrando clavar la lanza entre las orejas del alazán del enemigo. Al sentirse herido el animal se encabrita, sacude violentamente la cabeza, derriba al jinete. Este se apoya en la lanza y el escudo, se levanta al instante, pero Manlio le esconde la suya en la garganta, le atraviesa las entrañas y lo asegura en la tierra. Desmóntase, recoge los despojos del muerto y, feliz, regresa al campamento.

No le alabó su padre. Mandó este reunir al ajército. Le increpa severamente por haber infringido la disciplina militar, salvaguardia de Roma hasta el momento; "prefiere la seguridad del futuro de las armas romanas a la vida

del hijo, dando un aterrador ejemplo a la juventud. Su muerte sancionará las órdenes de los superiores mientras que la impunidad las abrogará para siempre. El suplicio dignificará la disciplina. Lo hace atar a un poste. El silencio de la historia se estremece cuando el hacha del verdugo cercena la cabeza del hijo soldado... La sentencia de Manlio es horrorosa para su tiempo, pero saludable.

Tito Livio, el historiador romano, comentando con estupor el tremendo hecho, dice que la enormidad del castigo hace en adelante más obediente al soldado; las guardias, las rondas de día y de noche, los centinelas, todo el servicio militar se hace en adelante con mayor atención y vigilancia, y en las próximas batallas, tanto en la preparación como al llegar a la llanura, la severidad salvará a los ejércitos....

**delicioso  
refrescante...  
y único!**



**TAMARINDO LUX**